

tro en las entrañas, ese les pica y les hace saltar con eso, aun antes de tiempo. Pues el que sintiere en sí este vicio y mala costumbre, será bien traer exámen particular de ello, hasta que no os venga gana de enubrir vuestra falta, sino que antes os holgueis, ya que la hicistes, de que os tengan por defectuoso, en recompensa y satisfaccion de ella. Y aunque no hayais hecho la falta y os reprendan por ella, no os escuseis, que cuando el superior quisiese saber la causa ó razon que tuvisteis para hacer aquello, él la sabrá preguntar, y por ventura la sabe ya, sino que quiere probar vuestra humildad, y ver cómo tomáis la reprension y el aviso.

Lo quinto, es tambien buen exámen el de cortar y cercenar pensamientos de soberbia. Es uno tan soberbio y tan vano, que le vienen muchos pensamientos vanos y altivos, imaginándose en puestos altos y en tales ministerios; ya os hallais predicando en vuestra tierra con grande aceptación é imaginando que haceis mucho fruto; ya os hallais leyendo ó disputando en tales conclusiones con grande aplauso de los circunstantes, ó en otras cosas semejantes. Todo eso nace de la soberbia grande que tenemos, que está brotando y reventando en esos pensamientos; y así es muy bueno traer exámen particular de cercenar y cortar luego estos pensamientos altivos y vanos, como lo es tambien de atajar y cortar luego los pensamientos deshonestos y de juicios, y de otro cualquier vicio de que uno es molestado.

Lo sexto, será tambien buen exámen el de tenerlos á todos por superiores, conforme á lo que nos dice nuestra regla (1): Que nos animemos á la humildad, procurando y deseando dar ventaja á los otros, estimán-

(1) Part. 3 const. c. 1, f. 4; et Reg. 29 Summaria.

dolos en nuestra ánima á todos, como si nos fuesen superiores, y exteriormente teniéndoles el respeto y reverencia que sufre el estado de cada uno, con llaneza y simplicidad religiosa; que es tomada del Apóstol (1). Aunque en lo exterior haya de haber diferencia conforme á los estados y personas; pero cuanto á la humildad verdadera ó interior de nuestra ánima, quiere nuestro Padre, que así como llamó mínima á esta Compañía y Religion, así cada uno de ella se tenga por el mínimo de todos, y que á todos los tenga por superiores y mejores. Pues este será muy buen exámen y muy provechoso, con tal que esto no sea solamente especulacion, sino que en la práctica y ejercicio procureis haberos con todos con aquella humildad y respeto como si os fuesen superiores; porque si vos teneis al otro por superior, no le hablareis con libertad, ni aspereza, y mucho menos palabras que le puedan lastimar ó mortificar, ni le juzgareis tan fácilmente, ni os sentireis de que él os trate ó hable de esta ú otra manera; y así todas estas cosas habeis de notar y apuntar por faltas cuando traeis exámen de esto.

La sétima cosa de que podemos traer exámen particular en esta materia, es de llevar bien todas las ocasiones que se nos ofrecieren de humildad. Soleis-os sentir cuando el otro os dice la palabrilla, ó cuando os parece que no hacen tanto caso de vos como de los otros. Traed exámen de llevar bien esas y las demas ocasiones que se os ofrecieren, que puedan redundar en desestima vuestra. Este es un exámen de los mas propios y provechosos que podemos traer para alcanzar la virtud de la humildad, porque fuera de irnos en esto previniendo para todo lo que se nos ofrece y habemos menester entre dia, podemos en

(1) Ad Phillip. II, 3; ad Rom. XII, 10.

este exámen ir creciendo y subiendo por aquellos tres grados que pusimos en la virtud (1). Primero, podeis traer exámen de llevar todas esas cosas con paciencia; despues, de llevarlas con prontitud y facilidad, hasta que no reparéis, ni hagais caso de nada de eso; despues le podeis traer de llevarlas con alegría y holgaros en vuestro desprecio, en que dijimos consistia la perfeccion de la humildad.

Lo octavo de que puede uno traer exámen particular, así en esta materia como en otras semejantes, es de hacer algunos actos y ejercicios de humildad ú otra virtud de que trajere exámen, así interiores como exteriores, actuándose en aquello tantas veces á la mañana y tantas á la tarde, comenzando con menos actos y yendo añadiendo mas, hasta que vaya ganando hábito y costumbre en aquella virtud. De esta manera, divididos los enemigos, y tomando á cada uno por sí, se vencen mejor y se alcanza mas brevemente lo que se desea.

CAPITULO XXIX.

Cómo con la humildad se pueda compadecer el ser tenidos y estimados de los hombres.

Suélese ofrecer muchas veces una duda acerca de la humildad, cuya solucion nos importa mucho para que sepamos cómo nos habemos de ver en ello. Decimos comunmente, y es doctrina comun de los Santos, que habemos de desear ser despreciados, abatidos y tenidos en poco y que no hagan caso de nosotros. Luego por otra parte se nos ofrece: pues ¿cómo haremos fruto en los prójimos, si nos desprecian y tienen en poco, porque para eso es menester tener autoridad con ellos y que tengan

(1) Véase el capítulo precedente.

buena opinion y estima de nosotros? Y así parece que no será malo, sino bueno, desear ser estimados y tenidos de los hombres. Esta duda tratan los gloriosos Santos Basilio, Gregorio y Bernardo (1). Y responden muy bien á ella; dicen que aunque es verdad que habemos de huir la honra y estimacion del mundo, por el gran peligro que hay en eso, y que cuanto es de nuestra parte, y por lo que nos toca á nosotros, siempre habemos de desear ser despreciados y tenidos en poco; pero que por algun buen fin del mayor servicio de Dios, lícita y santamente se puede desear la honra y estimacion de los hombres; y así dice San Bernardo que es verdad que, cuanto es de nuestra parte, habemos de querer que los otros conozcan y sientan de nosotros lo que nosotros sentimos y conocemos de nosotros mismos, para que nos tengan en lo mismo que nosotros nos tenemos; mas muchas veces, dice, no conviene que los otros sepan eso; y así podemos algunas veces lícita y santamente querer que no sepan nuestras faltas, porque no reciban de ello algun daño y se impida en ellos algun provecho espiritual. Empero es menester que entendamos esto bien, que vamos en ello con tiento y con mucho espíritu; porque semejantes verdades, so color de verdades, suelen hacer grande daño en algunos por no saber usar bien de ellas. Los mismos Santos nos declaran bien esta doctrina, para que no tomemos de ella ocasion de errar. Dice San Gregorio: «Algunas veces tambien los varones santos se huelgan de tener buena opinion y estima cerca de los hombres; pero esto es cuando ven que es medio necesario para que los prójimos se aprovechen y

(1) Basil. in Regul. brev. 189. — Gregor. lib. 29 Moral. cap. 9. — Bern. serm. 42 super Cantica.

ayuden mas en sus almas (1).» Y eso dice San Gregorio: «no es holgarse de su estima y opinion, sino del fruto y aprovechamiento de los prójimos, que es cosa muy diferente (2).» Una cosa es amar uno la honra y estimacion humana por sí misma y parando en ella por su propio respeto y contento, por ser grande y señalado en la opinion de los hombres; y esto es malo: otra cosa es cuando esto se ama por algun buen fin, como por el provecho de los prójimos y para hacer fruto en sus almas; y esto no es malo, sino bueno. Y de esta manera bien podemos nosotros desear la honra y estimacion del mundo y que tenga buena opinion de nosotros, por la mayor gloria de Dios, y por ser asi necesario para la edificacion de los prójimos y para hacer fruto en ellos; porque esto no es holgarse uno de su honra y estimacion, sino del provecho y bien de los prójimos y de la mayor gloria de Dios. Como el que por la salud quiere la purga que naturalmente aborrece, el querer y admitir la purga es amar la salud: asi el que la honra humana, que huye y desprecia, la quiere y admite solamente por ser en aquel caso medio necesario ó provechoso para el servicio de Dios y bien de las almas, se dice con verdad que no quiere ni desea sino la gloria de Dios.

Pero veamos en qué se conocerá si se huelga uno con la honra y estimacion puramente por la gloria de Dios y provecho de los prójimos, ó si se huelga por sí mismo y por su propia honra y estima: porque esta es cosa muy delicada, y todo el punto y dificultad de este negocio consiste en esto. A lo cual responde San Gregorio:

(1) Nonnunquam etiam sancti viri de bona opinione gaudent, sed cum per hanc ad meliora proficere audientes pensant. *Gregorius loc. cit.*

(2) Nec jam de opinione sua, sed de proximorum gaudent utilitate, quia aliud est favores quaerere, et aliud de profectibus exultare. *Ibid.*

«El holgarnos con la honra y estimacion, ha de ser tan puramente por Dios que, cuando no fuere necesario para su mayor gloria y bien de los prójimos, no solo no nos habemos de holgar con ella, sino hános de dar pena (1).» De manera que nuestro corazon y deseo, cuanto es de nuestra parte, siempre se ha de inclinar á la deshonra y desprecio; y así, cuando se nos ofreciere ocasion de esto, la habemos de abrazar de corazon y holgarnos con ella, como quien ha encontrado con lo que deseaba. Y la honra y estimacion la habemos de desear y holgarnos con ella solamente en cuanto es necesaria para la edificacion de los prójimos, para hacer fruto en ellos, y para mayor honra y gloria de Dios. De nuestro bienaventurado P. S. Ignacio leemos (2), que decia que, si se dejara llevar de su fervor y deseo, se anduviera por las calles desnudo y emplumado y lleno de lodo, para ser tenido por loco; mas la caridad y deseo que tenia de ayudar á los prójimos reprimia en él este tan grande afecto de humildad, y le hacia que se tratase con la autoridad y decencia que á su oficio y persona convenia. Pero su inclinacion y deseo era ser despreciado y abatido, y siempre que se le ofrecia ocasion de humillarse, la abrazaba y aun la buscaba muy de veras. Pues en esto se conocerá si os holgais vos con la autoridad y estimacion por el bien de las almas y gloria de Dios, ó por vos mismo y por vuestra propia honra y autoridad; si cuando se os ofrece la ocasion de humildad y desprecio, la abrazais muy de veras y de corazon y os holgais con ella, entonces es buena señal que cuando os sucede bien el sermon, ó el negocio, y por eso sois tenido y estimado, que no os holgais por vuestra

(1) Qua in re necesse est, ut cum audientium utilitati non proficit, mentem nostram fama laudabilis non elevant, sed fatiget. *Gregor. ibid.*

(2) Lib. 3, c. 3, de la *Vida de N. P. S. Ignacio.*

honra y estima, sino puramente por la gloria de Dios y provecho de los prójimos que se sigue de ahí. Pero si cuando se os ofrece la ocasion de humildad y de ser tenido en poco, la rehusais y no la llevais bien; y si cuando no es necesario para el provecho de los prójimos, con todo eso os holgais con la estimacion y alabanzas de los hombres y lo procurais, eso es señal que tambien en lo demas os holgais por lo que toca á vos y por vuestra honra y estimacion, y no puramente por la gloria de Dios y provecho de los prójimos.

De manera, que la honra y estimacion de los hombres es verdad que no es mala, sino buena, si usamos bien de ella, y así lícita y santamente se puede desear; como cuando el P. S. Francisco Javier fué al rey de Bungo con grande acompañamiento y autoridad (1). Y aun alabarse uno á sí mismo puede ser bueno y santo, si se hace como se debe, como vemos que San Pablo, escribiendo á los de Corinto (2), se comienza á alabar y á contar grandezas de sí, refiriendo grandes mercedes que nuestro Señor le habia hecho, y diciendo que habia trabajado mas que los demas Apóstoles; y comienza á contar las revelaciones y arrebatamientos que habia tenido hasta el tercero cielo. Mas esto hacia él, porque entonces convenia y era menester para la honra de Dios y para el provecho de los prójimos á quien escribia, para que así le tuviesen y estimasen por Apóstol de Cristo, y recibiesen su doctrina y se aprovecharan de ella. Y decia estas cosas de sí con un corazon, no solo despreciador de la honra, sino amador del desprecio y deshonra de Jesucristo; porque cuando no era necesario para el bien de los prójimos,

(1) Lib. 4, cap. 16 de la *Vida del P. S. Francisco Javier.*

(2) II. ad Cor. IV, 11.

muy bien se sabia él apocar y abatir, diciendo de sí (1) que no era digno de llamarse Apóstol, porque persiguió la Iglesia de Dios; y llamándose blasfemo y abortivo (2) y el mayor de los pecadores; y cuando se le ofrecian deshonras y menosprecios, ese era su contento y regocijo. De estos tales corazones bien se puede fiar que reciban honra y que digan ellos algunas veces cosas que aprovechen para tenerla, porque nunca harán estas cosas, sino cuando fuere necesario para la mayor gloria de Dios; y entonces lo hacen tan sin pegárseles nada de ello, como si no lo hiciesen, porque no aman su propia honra, sino la honra de Dios y el bien de las almas.

Mas porque es muy dificultoso recibir a honra, y no ensoberbecerse, ni tomar en ella algun vano contentamiento ó complacencia, por eso los Santos, temiendo el peligro grande que hay en la honra y estimacion y en las dignidades y puestos altos, huian cuanto podian de todo eso; y se iban á donde no fuesen conocidos ni estimados, y procuraban ocuparse en oficios bajos y despreciados, porque veian que aquello les ayudaba mas á su aprovechamiento y á conservarse en humildad, y que era camino mas seguro para ellos. Decia San Francisco una razon buena (3): «No soy religioso, si no tomo con la misma alegría de rostro y alma la deshonra que la honra, porque si me alegro en la honra que otros me dan por su provecho cuando predico ó les hago otras buenas obras, donde pongo el alma á riesgo y peligro de vanidad, mucho mas me debo alegrar de mi provecho y de la salud de mi alma, que tengo mas segura cuando me vituperan.» Claro está que esta-

(1) I. ad Cor. XV, 9.

(2) II. ad Tim. I, 13.

(3) 1. part. lib. 1, cap. 7 de la *Crónica de San Francisco.*

mos mas obligados á holgarnos de nuestro bien y provecho que del bien y provecho de nuestros prójimos, porque la caridad bien ordenada, de sí mismo ha de comenzar. Pues si os holgais del provecho del prójimo, cuando el sermón ó el negocio os salió bien, y sois alabado y estimado por ello ¿por qué no os holgais de vuestro provecho, cuando, haciendo vos lo que es de vuestra parte, sois tenido en poco? Porque esto es mejor y mas seguro para vos. Si os holgais cuando teneis gran talento para hacer grandes cosas por el bien de los otros, ¿por qué cuando Dios no os dió talento para esas cosas, no os holgais por vuestro provecho y por vuestra humildad? Si os holgais cuando teneis mucha salud y fuerzas para trabajar para otros, por el provecho de ellos, ¿por qué no os holgais cuando Dios quiere que esteis enfermo y flaco y que no seais para nada, sino que esteis arinconado é inútil? Porque ese es vuestro provecho, y eso os ayudará mas á ser humilde, y en eso agradareis mas á Dios que si fuérades gran predicador, pues él lo quiere así.

De donde se verá cuán engañados andan los que tienen puestos los ojos en la honra y estimacion del mundo, so color de que eso es menester para hacer fruto en los prójimos, y con ese título desean los oficios honrosos y los puestos altos, y todo lo que dice autoridad; y huyen de lo bajo y humilde, pareciéndoles que con eso se desautorizan. Y hay en esto otro engaño muy grande, que con lo que uno piensa que gana autoridad, la pierde; y con lo que piensa que la perderá, la ganará. Algunos piensan que con el vestido pobre y oficio ó ejercicio bajo y humilde perderán la opinion y estima necesaria para hacer fruto en los prójimos, y engañales su soberbia; que antes con eso la ganareis, y con lo contrario, que vos procurais, la perdereis. En-

señaba esto muy bien nuestro bienaventurado P. S. Ignacio; decia (1), que ayudaba mas á la conversion de las almas el afecto de verdadera humildad que el mostrar autoridad que tenga algun resabio y olor de mundo. Y así lo practicaba él, no solo en sí, sino en los que enviaba á trabajar á la viña del Señor; de tal manera los enseñaba que para salir con las cosas árduas y grandes siempre procurasen hacer el camino por la humildad y desprecio de sí mismos, porque entonces estaria la obra bien segura, si estuviere bien fundada sobre esta humildad, y porque ese es el camino por donde suele el Señor obrar cosas grandes. Y conforme á esto, cuando envió á los PP. S. Francisco Javier y Simon Rodriguez á Portugal, les ordenó que llegados á aquel reino pidiesen limosna, y que con la pobreza y menosprecio de sí abriesen la puerta para todo lo demas. Y á los PP. Salmeron y Pascasio, cuando fueron á Hibernia por Nuncios apostólicos, tambien les ordenó que enseñasen la Doctrina Cristiana á los niños y á la gente ruda. Y al mismo P. Salmeron y al P. maestro Lainez, cuando la primera vez fueron al Concilio de Trento, enviados del Papa Paulo III por teólogos de Su Santidad, la instruccion que les dió fué que, antes de decir su parecer en el Concilio, se fuesen al hospital y sirviesen en él á los pobres enfermos, y enseñasen á los niños los principios de nuestra Santa Fé; y que despues de haber echado estas raices, pasasen adelante y dijese su parecer en el Concilio, porque así seria él de fruto y provecho, como sabemos que lo fué por la misericordia del Señor. ¿Y andaremos nosotros mirando, temiendo y tanteando con nuestras prudencias humanas, si se pierde autoridad por estas cosas? Que no hayais miedo

(1) Lib. 5, c. 3, de la *Vida de N. P. S. Ignacio*.

que se desautorice el púlpito por ir á enseñar la Doctrina, ni por hacer pláticas en las plazas, hospitales y cárceles. No hayais miedo que perdais crédito con la gente grave porque os vean vestido como religioso pobre; antes con eso ganareis autoridad y cobrareis mas crédito y reputacion, y hareis mas fruto en las almas; porque á los humildes levanta Dios, y por esos suele él hacer maravillas. Y dejando á parte esta razon, que es la principal, llevándolo por via de prudencia y razon humana, no podeis poner medio mas eficaz para ganar autoridad y opinion con los prójimos y para hacer mucho fruto en las almas, que ejercitaros en estas cosas que parecen bajas y humildes, y tanto mas, cuanto mayores fueren vuestras partes. La razon de esto es, porque es tanto en lo que el mundo tiene la honra y estimacion y las cosas altas, que de lo que mas se admiran los de él es de ver que esto se desprecie y que el que podia entender en cosas altas y honrosas se ocupa en cosas bajas y humildes; y así cobran grande opinion y estima de santidad de los tales, y reciben su doctrina como venida del cielo.

Del P. S. Francisco Javier leemos en su vida (1), que habiéndose de embarcar para la India y no queriendo recibir ninguna provision para su navegacion, instándole mucho el conde de Castañeda, que tenia entonces oficio de proveedor de las armadas para aquellas partes, que á lo menos llevase un criado que le sirviese en la mar, diciéndole que disminuirla su crédito y autoridad para con la gente á quien habia de enseñar, si le viesen con los demas lavar sus paños al bordo de la nao y guisar su comida, el Padre le respondió: «Señor conde, el procurar adquirir crédito y

(1) Lib. 1, c. 12, de la *Vida del P. S. Francisco Javier*. B. del C., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

autoridad por ese medio que vuestra señoría dice, ha traído á la Iglesia de Dios y á sus prelados al estado en que ahora está. El medio por donde se ha de adquirir el crédito y autoridad es, lavando esas rodillas y guisando la olla sin tener necesidad de nadie, y con todo eso, procurando emplearse en el servicio de las almas de los prójimos. Quedó con esta respuesta el conde tan atajado y tan edificado que no supo qué responder. De esta manera, y con esta humildad y verdad, se ha de adquirir la autoridad, y de esa manera se hace mas fruto. Y así vemos que hizo tanto el P. S. Francisco Javier en esas Indias, con enseñar la doctrina á los niños y andar tañendo la campanilla de noche á las ánimas del Purgatorio, y sirviendo y consolando enfermos, y con otros oficios bajos y humildes. De esta manera vino á tener tanta autoridad y reputacion que robaba y atraía á sí los corazones de todos, y le llamaban el Padre santo. Esta es la autoridad que es menester para hacer fruto en las almas; estima y opinion de humildes; estima y opinion de santos y de predicadores evangélicos. Y así, esta es la que nosotros habemos de procurar; que es otras autoridades y puntos que tienen resabio y olor de mundo, antes dañan y desedifican mucho á los prójimos, así á los de fuera como á los de dentro.

Sobre aquellas palabras de San Juan: «Yo no busco mi gloria, mi Padre tiene cuenta con eso (1),» dice muy bien un doctor: «pues si nuestro Padre celestial busca y procura nuestra gloria y nuestra honra, no es menester que nosotros tengamos cuidado de eso.» Tenedlo vos de humillaros y de ser el que debeis, y el de vuestra estima y autoridad, para hacer mas fruto

(1) Ego autem non quaero gloriam meam; est qui quaerat, et judicet. *Joann. VIII, 50.*

en los prójimos, dejadlo á Dios; que por donde vos mas os humillais y bajais, por ahí os levantará él mas con otra estima muy diferente de la que vos pudiéades alcanzar por esotros medios y prudencias humanas.

Y no se os ponga tampoco delante la honra y autoridad de la Religion, que es otra solapa que se nos suele algunas veces ofrecer, asi en esta como en otras cosas semejantes, para colorear nuestra imperfeccion é inmortificacion. «Oh! que no lo hago yo por mí, sino por la autoridad de la Religion, que es razon se le tenga respeto. Dejaos de esos respetos, que la Religion tambien ganará mas en que os vean á vos humilde, callado y sufrido; porque en eso consiste la autoridad y estima de la Religion, en que sus religiosos sean humildes y mortificados y estén muy deshechos de todo lo que tiene sabor y olor de mundo.

El P. Mafeo, en la Historia de las Indias cuenta (1), que predicando uno de los nuestros en el Japon la fé de Cristo nuestro Redentor, en una calle pública de Firando, un gentil de aquellos, que acaso pasaba por allí, hizo burla de él y de lo que predicaba, y arranca un flemon muy grande, y escúpele en el rostro. El predicador sacó su pañuelo y limpióse, sin mostrar turbacion alguna y sin responder palabra, y prosiguió su sermón con el mismo tenor y semblante como si no hubiera pasado nada. Uno de los que estaban oyendo notó mucho aquello, y viendo la paciencia y humildad grande del predicador, comenzó á pensar entre sí: «no es posible que doctrina que enseña tanta paciencia, tanta humildad y constancia de ánimo, no sea del cielo; cosa de Dios debe de ser esta.» Lo cual hizole tanta fuerza que le fué motivo

(1) Mafeus, lib. XIV hist. Indiarum, pag. 277 años 280.

para convertirse, y así se fué tras él en acabando de predicar, y le pidió que le instruyese en la fé y le bautizase.

CAPITULO XXX.

Del tercero grado de humildad.

El tercero grado de humildad es, quando uno teniendo grandes virtudes y dones de Dios, y estando en grande honra y estimacion, no se ensoberbece en nada, ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo lo refiere y atribuye á su misma fuente, que es Dios, del cual procede todo bien y todo don perfecto. Este tercero grado de humildad, dice San Buenaventura (1), es de grandes y perfectos varones, que quanto mayores son tanto mas se humillan en todo. Que uno siendo malo é imperfecto, se conozca y estime por tal, no es mucho; bueno es, y de loar es; pero no es de maravillar, como no lo es que el hijo del labrador no quiera ser tenido por hijo del rey, y que el pobre se tenga por pobre, y el enfermo por enfermo, y que quieran ser tenidos por tales de los demas; pero que el rico se haga pobre, y el grande se apoque y conforme con los bajos, haciéndose pequeño, esto es de maravillar. Pues así, dice el Santo (2), no es de maravillar que, siendo uno malo é imperfecto, se tenga por malo é imperfecto; antes lo es, que siendo tal, se tenga por bueno y por perfecto, como si estando lleno de lepra se tuviese por sano. Pero que el que es muy aventajado en virtud, y tiene muchos dones de Dios, y es verdaderamente grande ante su divino acatamiento, se tenga por pequeño, esa es humildad grande y de maravillar. Dice San Bernar-

(1) Bonav. processu 6 Relig. cap. 22. (2) Idem dicit Bernard. serm. 45, super Cantica.

grandes cosas y que no se tenga por grande, sino por pequeño; que todos le tengan por santo y varón admirable, y que solo él se tenga en poco. En mas tengo esto, dice, que todas las demas virtudes (1). Esta humildad se halló perfectísimamente en la Sacratísima Reina de los Angeles, que sabiendo que era elegida por Madre de Dios, con profundísima humildad se reconoció por sierva y esclava suya (2). Dice San Bernardo: «Elegiéndola para tan alta dignidad y tan grande honra, como era ser Madre de Dios, se llama esclava (3); y siendo predicada por la boca de Santa Isabel por bienaventurada entre todas las mugeres, no se atribuyó á sí gloria alguna de las grandezas que en ella había, sino todas se las atribuyó á Dios, engrandeciéndole y ensalzándole por ellas, quedándose ella entera y firme en su profundísima humildad (4). Esta es humildad del cielo. Los bienaventurados tienen alta esa humildad. Y eso dice San Gregorio (5) que es lo que vio San Juan en el Apocalipsi (6), de aquellos veinte y cuatro ancianos que, postrados delante del trono de Dios, le adoraban quitando las coronas de sus cabezas y arrojándolas á los pies del trono. Dice que arrojar sus coronas á los pies del trono de Dios, es no atribuirse á sí sus victorias, sino atribuirlo todo á Dios, que les dió fuerzas y virtud para vencer, y darle á él la gloria y honra de todo. «Razon es, Señor, que te demos la honra y gloria de todo, y que quitemos las coronas de vuestras

(1) Magna et rara virtus profecto, cum magna opereris, magnum te nescire; cum omnibus nota sit sanctitas tua, te solum fatidat; cum omnibus mirabilis appareas, tibi soli vilescas. Hoc ego ipsis virtutibus mirabilis iudico. Bern. serm. 13 super Cant. (2) Euer ancilla Domini. Luc. 1, 18. (3) Mater Dei eligitur, et ancillam se nominat. Bernard. hom. 4 super Missus est. (4) Magnificat anima mea Domini: et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo. Quia respexit humilitatem ancillae suae. Luc. 1, 46. (5) Greg. lib. 22 Moral. c. 14. (6) Apoc. IV, 4 et 10.

cabezas y las arrojemos á tus pies; porque todo es tuyo, y por tu voluntad ha sido hecho, y si algo bueno tenemos, es porque tú lo quisiste (1).» Pues este es el tercero grado de humildad; no alzarse uno con los dones y gracias que ha recibido de Dios, ni atribuirselo á sí, sino atribuirlo y referirlo todo á Dios, como á autor y dador de todo lo bueno.

Podrá decir alguno; «si en eso consiste la humildad, todos somos humildes;» porque ¿quién hay que no conozca que todo el bien nos viene de Dios, y que de nosotros no tenemos sino pecados y miserias? ¿Quién hay que no diga: «si Dios me dejase de su mano seria el mas mal hombre del mundo?» De nuestra parte no tenemos sino perdicion y pecados, dice el Profeta Oseas (2). Todo el favor y todo lo bueno nos ha de venir de acarreo de la liberalidad de Dios. Esto es fé católica, y así todos parece que tenemos esa humildad; porque todos creemos muy bien esa verdad de que está llena la Sagrada Escritura. El Apóstol Santiago en su canónica dice: «Toda dádiva buena y todo don perfecto nos ha de venir de arriba, del Padre de las lumbres (3).» Y el Apóstol San Pablo dice que «no podemos obrar, ni hablar, ni desear, ni pensar, ni comenzar, ni acabar cosa que sirva para nuestra salvacion, sin Dios, de quien toda nuestra suficiencia procede (4).» Y ¿con qué mas clara comparacion se nos

(1) Dignus es Domine Deus noster accipere gloriam, et honorem, et virtutem; quia tu creasti omnia, et propter voluntatem tuam erant, et creata sunt. Apoc. loc. cit. (2) Perditio tua ex te Israel: tantummodo in me auxilium tuum. Os. XIII, 9. (3) Omne datum optimum, et omne donum perfectum de sursum est, descendens a Patre luminaum. Jacob. I, 17. (4) Quid habes, quod non accepisti? I. ad Cor. IV, 7.—Non quod sufficientes simus, cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est. II. ad Cor. III, 5.—Deus est qui operatur in nobis, et velle, et perficere pro bona voluntate. Ad Philip. II, 13.